

Los hijos de la España republicana en México

María de las Nieves Rodríguez Méndez*
UNAM
United Kingdom

Desde el mes de octubre de 1936, año de inicio de la guerra civil española, cuando el bando nacional alcanzó Madrid y el presidente Azaña abandonó la capital para encontrar refugio cerca de Barcelona, se planteó la posibilidad de pedir auxilio diplomático a otras potencias con el fin de salvaguardar la vida de quienes se convertirían, indefectiblemente, en los primeros refugiados republicanos. Un mes más tarde comenzó la fase activa de la guerra, aviones y escuadrones de artillería comenzaron a sitiar la capital por lo que el gobierno republicano se vio en la forzosa necesidad de trasladarse a Valencia donde una Junta de Defensa comenzó de inmediato a evacuar a los niños en primer lugar.

Este artículo da cuenta del proceso de evacuación no solo de los niños sino también de los miles de españoles que encontraron refugio en el exilio mexicano basado en la investigación de los hechos en la documentación albergada en los Archivos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, el Ateneo español, el Archivo General de la Nación y otros archivos privados de la ciudad de México. Con tal fin se dispondrá la investigación en dos apartados. El primero titulado “De la cooperación y la solidaridad internacional” donde se indaga en la política exterior del momento entre México y España y se da seguimiento al proceso de selección y traslado de los infantes a México y, el segundo capítulo titulado “La migración del fin de la guerra” donde se contextualiza la llegada y recibida de esta emigración a un país que quedará para siempre transformado tanto cultural como socialmente. El artículo se cierra con las “Conclusiones” en donde se pretende dar

* María de las Nieves Rodríguez Méndez es historiadora del arte, profesora especialista en arte moderno. Ha publicado dos libros y diversos artículos donde analiza desde el muralismo mexicano hasta la fotografía contemporánea. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACYT-México) y de la *Association of Art Historians* (Londres, UK). Este artículo es parte de su investigación doctoral.

cierre a un tema tan profundo con el entendimiento de la contribución de este texto a la historiografía, la apertura de una línea de investigación en el que se reflexione a partir del transterrado como elemento identitario de la nueva sociedad mexicana.

I. *De la cooperación y la solidaridad internacional.*

En el mes de junio de 1937 comenzaron a turnarse diversas peticiones al Ministerio de Estado español a través del cual se daba el oportuno conocimiento por parte de la Embajada española en México de la voluntad de adopción de huérfanos de la guerra ofreciendo incluso el pago de todos los gastos de traslado que eso conllevarse. El Consejo Nacional de Asistencia Social devolvió amablemente la misiva con una respuesta clara: ellos eran la única entidad competente para realizar dicho envío y se limitaría a estudiar las propuestas concretas que se hiciesen a tal efecto. El Comité de Ayuda al Pueblo Español, radicado en Barcelona, giró la solicitud para enviar 500 niños a México a través del Comité homónimo que ya estaba en funcionamiento en México -conformado por muchas de estas mujeres que ofrecían adopciones anteriormente y cuya presidenta honoraria era la esposa del presidente Cárdenas, Amalia de Solórzano-. Si bien las adopciones particulares nunca llegaron a concretarse sí se manejó un programa de prohijamiento en el cual el Ministro de Instrucción Pública tuvo un papel fundamental al ofrecer la recogida de los niños en Escuelas-hogar e internados en los que se harían cargo de sus necesidades básicas y educación. Ayuda que fue gestionada a través de los diversos sindicatos obreros y del Consejo Nacional de Asistencia Social. A través del impulso definitivo que dio el Comité Ibero-Americano, creado en Barcelona, fue que hubo una reacción encadenada en los distintos centros mexicanos como el Departamento de la Enseñanza Primaria y Normal a través de cuyas escuelas se realizó una activa propaganda de apoyo a la venida de los niños refugiados.

El plan inicial que cubría el envío de 500 niños y 50 viudas con la intención de que algunos de los niños fuesen adoptados definitivamente por familias mexicanas quedó

sellado cuando el presidente Cárdenas, personalmente, delegó este asunto a su Ministerio de Educación Pública quien debía hacerse cargo, bajo sus órdenes, de la educación y sostenimiento económico dando así a la emigración un carácter nacional emitiendo un llamamiento unísono: “Mejicanas, mejicanos [sic] comprensión y auxilio para los niños que sufren sin culpa, para los niños sin hogar y sin pan, hasta que España, vuelta a la normalidad, pueda atenderlos debidamente” (Gordon Ordás 1937).

Fue así que 500 niños españoles -hijos y huérfanos de milicianos republicanos- viajaron desde Francia hasta la ciudad de Veracruz. Su viaje formaba parte del esfuerzo para evitar que esta nueva generación construyese su realidad desde la violencia, la irracionalidad y la mentira de la que habían sido testigos en España. El Gobierno de Azaña se encargaría con especial cuidado de los contingentes de niños que embarcaron a México y, para tal efecto, facultó a una Comisión para custodiar a los infantes en su travesía que quedaban a cargo del Oficial Mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores, el señor Ernesto Hidalgo, mismo que haría la entrega oficial de los menores al Subsecretario de Educación mexicano, el señor Luis Chávez Orozco quien se hizo cargo que los departamentos de la Brigada Médico-Social enviada por la Secretaría de Educación, el Departamento de Salubridad y la Beneficencia Pública les brindasen atenciones y cuidados en lo necesario.

De especial emotividad fue el discurso ofrecido por Ernesto Hidalgo quien afirmaría la rotundidad real de los hechos, remitiría que “los pequeñuelos no llegaban felices, sino como lamentable producto de algo execrable como es la guerra. Agregó, que la presencia de los niños hispanos constituía una elocuente protesta contra la guerra y, sobre todo, contra la guerra internacional en territorio ajeno, como e[ra] la de España” (ULTIMA HORA 1937 10).

La decisión, aunque dolorosa, parecía ser unánime: había que evacuar a los infantes. Estaba previsto que unos 500 niños aproximadamente (467 según fuentes de Excélsior) originarios de Barcelona, Bilbao y Valencia preferentemente, desembarcasen del trasatlántico francés Mexique -en cuyo mástil ondeaba la bandera hispano izquierdista en la que se había escrito “los niños españoles saludan al noble pueblo mexicano” (ULTIMA

HORA 1937 10) -en el Puerto mexicano. Ahí los esperaban diversas comisiones entre ellas, el señor José Argüelles, encargado de negocios de España o la esposa del embajador Gordón Ordás acompañada de sus hijos, el señor Rogelio de la Selva, secretario particular del Gobierno del Estado; la señorita Julia Cárdenas, hermana del presidente; el general Abatte, inspector de Policía que fueron los primeros en entrar al barco. El presidente Cárdenas los recibió con un emotivo discurso disponible a la población a través de las radiotransmisiones que realizaron las estaciones de X.E.F.O. y X.E.U.Z. del Partido Nacional Revolucionario (conectadas con las locales) que ponía de manifiesto la solidaridad entre los dos países. El desembarco dio lugar a la entrega de los niños quienes, tras pernoctar en una escuela de la capital; prosiguieron su camino hacia Morelia donde compartirían hogar en la escuela «Hijos de España» con cien niños michoacanos para que fuesen fraternos compañeros. La manutención y traslado de los niños, a cuenta del Gobierno Federal, debía regresar a España una vez finalizada la contienda adonde debían regresar para ser “enviados a sus hogares o bien a los establecimientos españoles que determin[as]e el Gobierno de su país” (La estancia 1937 4). México respondía, así, fraternalmente a España abrazando a sus pequeños con la promesa de ofrecerles educación y cuidado.

Algunos reporteros lograron saltar el receloso control y cuidado de la escolta oficial sobre los niños para conseguir algunas declaraciones quienes “deslumbrados, se lleva[ban] de aquí la impresión de que no todo es horror en la vida, sino que ésta tiene su lado amable” (ULTIMA HORA 1937 10). Al ser infantes de un rango de 3 a 13 años, muchos de ellos ignoraban ciertamente las causas por las cuales debían forzosamente abandonar su país y su familia, por qué se vivía la guerra o por qué sus padres estaban siendo asesinados o, cuando menos, perseguidos por el bando nacional. Sólo sabían que México los auxiliaría ofreciéndoles un nuevo futuro y unas condiciones de vida seguras para poder continuar hasta que la situación en España les permitiese regresar.



Fig. 1. *El Universal*, México, 9 de junio de 1937.

II. *La emigración del fin de la guerra.*

México se involucró en la Guerra de España como uno de los pocos proveedores de armamento y soldados (como parte de las Brigadas Internacionales) que tuvo la República durante el trienio que duró la Guerra Civil. La prioridad, en la política exterior cardenista, fue la de dar refugio a los exiliados españoles, acto duramente criticado por sus opositores al recriminar la falta de apoyo a los mexicanos asediados por la pobreza en los Estados Unidos tras el crack de Wall Street. Desde abril de 1939 comenzaron a llegar los primeros exiliados republicanos a México, algunos desde España y otros reclamados por México a los campos de concentración franceses donde habían sido reclusos en su diáspora.

En el informe dado por el presidente en el mes de septiembre de 1939 promulgaba los numerosos beneficios de la emigración española pues

“México recibiría la contribución de un grupo estrechamente relacionado por raza y espíritu a los mexicanos. Era una inmigración asimilable, «atendiendo el idioma y la sangre», que contrastaba con otros flujos migratorios que generalmente se mantenían «divorciados» de los nacionales a los que desplazaban de sus actividades económicas, se concentraban en centros urbanos y administraban sus capitales especulativos, sin asociarse a los destinos de México” (Alanís Enciso 2009).

La emigración española no fue bien recibida por todos los sectores sociales mexicanos ya que abría la brecha entre el discurso hispanófilo/hispanofóbico en el cual se habían asentado las bases de la construcción nacional obregonista posrevolucionaria. Intelectuales como Salvador Novo a través de su columna «La semana pasada» o periódicos como El Mundo de Tampico o El Universal atacarían duramente la llegada de los refugiados a quienes consideraban «comunistas» o «fugitivos», en cualquier caso, oportunistas que se aprovechaban de esta prioridad del propio gobierno sobre sus connacionales de la frontera.

El proyecto de asilo dio comienzo con la llegada de algunos barcos que, en 1939, fueron recibidos en el Puerto de Veracruz. Tal fue el caso del emblemático Sinaia -llegado el 13 de junio-, el Ipanema -llegado el 17 de julio- o el Mexique -llegado el 27 de julio-, entre otros. Dieciocho días de travesía los separaban de la Guerra, las experiencias vividas en el Frente y de un futuro incierto. En torno a 20.000 refugiados llegaron a México entre 1939 y 1942 debido a la política progresista de izquierda impulsada por el presidente. Esta emigración cultural y, en algunos casos, intelectual nutrió al país de acogida a través de la incorporación de este capital humano en puestos de gran relevancia para la cultura mexicana que fueron adoptando en el transcurso de sus primeros años en el país. Con el compromiso adquirido con los intelectuales españoles fue que se creó la Casa de España -posteriormente El Colegio de México- a la cual se adscribieron numerosos españoles como José Gaos, Joaquín Xirau o Eduardo Nicol. El Sinaia trasladó a más de 1.962 personas que fueron embarcadas con la ayuda del Comité Nacional Pro Refugiados Españoles de Inglaterra en un barco atestado de pancartas en las cuales se unificaba el grito «Viva España, Viva el Gral. Cárdenas», «Viva Negrín», que fue recibido desde las diez de la mañana por las autoridades que en el Puerto los esperaban. Con todo, estos refugiados

llegaban optimistas con agradecimiento hacia el asilo otorgado pero en espera del momento oportuno para poder regresar a España y derrocar al General Franco para así restituir la perdida República. En sus discursos, el secretario de Gobernación apuntaba a que el recibimiento no se hacía “como náufragos de la persecución dictatorial a quienes misericordiosamente se arroja una tabla de salvación, sino como a defensores aguerridos de la Democracia Republicana y de la Soberanía Territorial, que lucharon contra la maquinaria opresora al servicio de la conspiración totalitaria universal” (Nuestro gobierno 1939 4).

Algunas notas periodísticas dan cuenta de las condiciones del viaje de los exiliados. A pesar de su receptividad y amabilidad a la prensa mexicana a bordo del vapor, no podían esconder las escasas condiciones con las que contaba el transporte para trasladar a tal contingente. Colchonetas y almohadas apiladas en los pasillos así como una comida escasa dibujaban una cotidianidad de mucha precariedad a bordo. Todos hablaron de su salida de los campos de concentración y la forzosa salida de España así como también de las evacuaciones en donde sufrieron una enorme depresión moral, acentuada por la inhospitalidad de las democracias europeas. Pero no sería éste el último contingente en llegar a México. El 31 de mayo de 1939 arribaría a las costas de Veracruz, el vapor francés Flandre, con 150 refugiados españoles aproximadamente de entre los cuales se hallaba el ex-presidente del Consejo de Ministros del Gobierno Republicano en Madrid, el catedrático José Giral, entre otros, perseguidos todos por el régimen franquista. Otras versiones narraban que en realidad fueron 323 los refugiados arribados con pasaporte vigente de la Legación de México en París. Estos refugiados, portaban con ellos algunos ahorros con los que pretendían establecerse en el país, mientras que otros, muy pocos, tuvieron que acceder a la Beneficencia. La mayor parte de ellos eran profesores que aseguraban “vivirán alejados de la política en relación con su país [y] se muestran agradecidos con el Gobierno de México y aseguran que no serán una carga para México” (El Corresponsal 1939).

El vapor Mexique llegaría a costas veracruzanas en las primeras horas de la mañana del 26 de julio de 1939 con 2.100. El vapor, sin ningún tipo de bandera o emblema significativo, contenía también varios intelectuales y políticos como el químico Francisco Giral o el secretario particular del presidente de la República española, Juan José

Domanchina; entre otros. A su llegada un contingente conformado por el ex-Primer Ministro de la República española, Indalecio Prieto, Daniel Cosío Villegas, Alfonso Reyes lo esperaban. En una semana, se uniría a este contingente la llegada de Juan Negrín, ex-presidente del Consejo en el Gobierno de Azaña, y Julio Álvarez del Vayo, ex-Secretario de Estado y representante de España ante la Liga de las Naciones, por vía aérea, con el apoyo de la Federación de organismos de Ayuda a España, el 2 de junio. La enorme multitud que los acompañó a su llegada se mantuvieron a su alrededor hasta que ambos políticos fueron conducidos al automóvil que los llevaría hasta las oficinas de la C.T.M. en el centro de la capital donde ya los esperaban para ofrecerles un homenaje. La ruta habría de continuar, en los siguientes días, a la Cancillería Mexicana así como también al Departamento del Distrito Federal y a la Secretaría de Defensa Nacional donde le darían la bienvenida al país.

El 7 de julio de 1939 arribó a las costas veracruzanas el vapor Ipanema con un intervalo de 1.200 a 1.400 refugiados entre los que se contaban tanto hombres como mujeres y niños. A sus costas se desplazaron el jefe de Población de la Secretaría de Gobernación, Francisco J. Trejo, y algunos representantes de la C.T.M. y del Partido Comunista para recibirlos. En el vapor viajaban también algunas personalidades reconocidas de la sociedad española como Eduardo Domínguez Aragonés o César Lombardía, dirigentes de la Unión General de Trabajadores de España que traían consigo algunos informes que hubieron de dar personalmente a Vicente Lombardo Toledano. Muchos de los refugiados, enfermos, hubieron de ser evacuados del vapor en camillas de la Cruz Roja y de los servicios sanitarios del puerto. Su recibimiento, deslucido en comparación al tributado al Sinaia, estuvo rodeado de algunas personas del pueblo veracruzano y algunos obreros de la C.T.M. que acudieron a recibirlos, pero en muy escaso número. De la totalidad del grupo 70 familias serían llevadas a Michoacán, 20 a Oaxaca, así como otras tantas serían enviadas hacia Durango y Chihuahua, albergando también refugiados las regiones de Aguascalientes, Coahuila, Colima, Morelos, Nuevo León, San Luis Potosí, Sinaloa y Tamaulipas.

III. *Conclusión.*

La preponderancia en México de un imaginario nacionalista de raigambre indigenista denostaba la herencia española, profundamente interiorizada por el pueblo llano a través de algunas manifestaciones culturales realizadas ex profeso con esta intención como lo fueron los murales de Diego Rivera o las ilustraciones de los libros de texto de la Secretaría de Educación Pública donde se manifestaba este discurso en una doble vertiente: al interior como un elemento integrador de la cultura y, al exterior, como un elemento diferenciador con el «otro» por lo que fue de vital importancia, para este momento, construir y difundir una nueva imagen de España en México. Para Cárdenas la renovación del lazo con España significaba la recuperación de un hispanoamericanismo, a través de la política del acercamiento, para encontrar un aliado con el cual establecer claras transacciones comerciales y culturales que favoreciesen a los emigrados llegados a tierras mexicanas desde la Guerra de Independencia.

Sólo aquellos periódicos cercanos al poder gubernamental, como lo fue El Nacional, mostró a lo largo de sus páginas la aceptación de los refugiados españoles haciendo especial hincapié en la purga franquista que, generalizada, estaba forzando a los republicanos a dejar su patria. Se denuncian, a través de estas páginas, las prácticas del bando nacional contra los republicanos, el incremento del número de prisioneros en las cárceles de toda España así como de ejecuciones que se volvieron práctica cotidiana. El miedo atestado en el que vivían los republicanos era atroz, vivían perseguidos con el miedo de ser denunciados ante el régimen como «desafecto a la causa». Aún aquellos que habían permanecidos neutrales optaban cada vez más por abandonar el país temerosos de las denuncias de la Falange Española. Los republicanos, ante este panorama organizaron salidas, aun clandestinas, con el fin de no ser víctimas de los franquistas viéndose igualmente muy reducida su representación gráfica en los medios. Estas páginas tuvieron su contraparte en el resto de periódicos que, como El Universal, denostaba su llegada declamando razones económicas y políticas que hacían calificar la determinación del Presidente Cárdenas como un «error» crucial en su política. “Están llegando al país [apuntaban] precisamente los individuos que no deberían venir a él, porque su llegada hace

aflorar problemas que, en el mejor de los casos, no había para qué crear [...]”. Este discurso, casi eugenésico, se contraponía entonces a las acciones llevadas a cabo por el propio gobierno que no sólo importaba intelectuales sino que los albergaba en sus máximas casas de estudios. Posición que insistían en rechazar debido al pensamiento de que venían “a hacer competencia económica o a crear problemas peliagudos, que se agregarán a los que ya tenemos, y porque no son de sus mismas ideas. La gran mayoría del pueblo los rechaza, porque los supone stalinistas” (Lo que debe 1939 3). De una u otra forma esta emigración fue absorbida por la sociedad mexicana transformándola para siempre.

© María de las Nieves Rodríguez Méndez

Referencias

- Alanís Enciso, Fernando Saúl. “Los refugiados españoles versus la repatriación de mexicanos en Estados Unidos. ¿Un dilema para el gobierno cardenista?”. *Casa del Tiempo*. 24 (2009), 141. Impresa.
- Alba, Víctor. *Historia de la Segunda República española*. México: Libro Mexicano, 1960. Impreso.
- El Corresponsal. “Refugiados en Veracruz”. *El Universal*. 1 de jun. de 1939. Impresa.
- Gordon Ordás, Félix. “Los niños españoles sufren sin culpa”. *¡Ayuda!*. 6 de abr. de 1937. Impresa.
- “La estancia de los pequeños españoles. Estarán en México el tiempo que dure la guerra en la Madre Patria”. *El Universal*, 1 de jun. de 1937. Impresa.
- “Lo que debe venir y lo que no debe venir de España”. *El Universal*. 5 de jun. de 1939. Impresa.
- Martínez Feduchy, Manuel. *Los amenos senderos del exilio. La República española de 1931 a 1977*. México: Martínez Feduchy, 1982. Impreso.
- “Nuestro gobierno recibe a todos los refugiados como defensores de la libertad”. *Excélsior*. 14 de jun. de 1939. Impresa.
- Ojeda Revah, Mario. *México y la Guerra Civil española*. Madrid: Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, 2004. Impreso.
- Sánchez Vázquez, Adolfo. *Del exilio en México. Recuerdos y reflexiones*. México: Grijalbo, 1990. Impreso.
- “ULTIMA HORA. Los niños españoles en Veracruz”. *El Universal*. 8 de jun. de 1937. Impresa.